

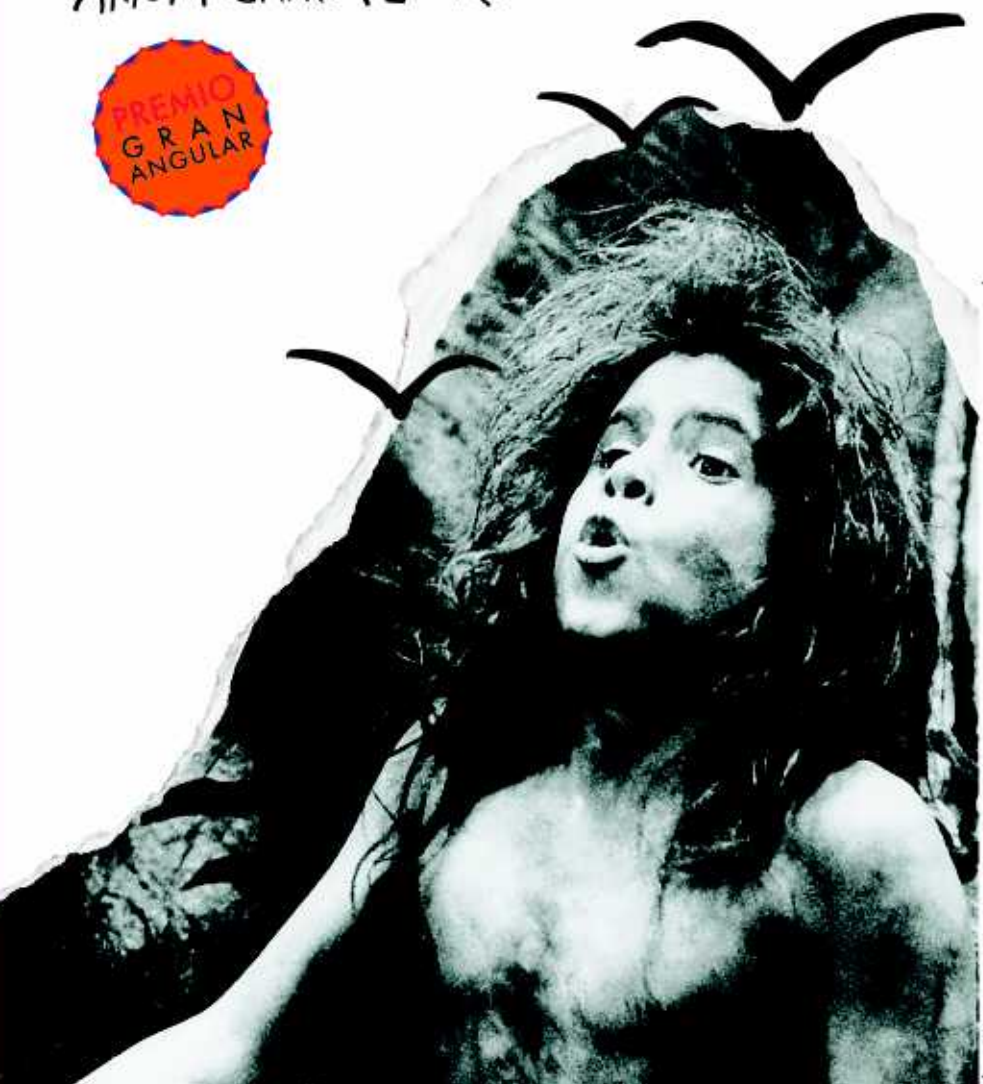


Ga
NEW SERIES

EL SALVAJE

ANTONI GARCIA LLORCA

PREMIO
GRAN
ANGULAR



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz

© Antoni Garcia Llorca, 2009
© Ediciones SM, 2009
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23

Fax: 902 24 12 22

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

EL JINETE

¿El caballo en que me llevaron? Lo recuerdo enorme y del color del bronce, verdinegro como las tinieblas, igual en todo al caballo de la estatua del general mandamás que hay en la plaza. Me montaron en su grupa, detrás del jinete, y me pareció que en aquella grupa podían montar otros diez niños como yo.

El caballo se asemejaba al de la estatua de la plaza, pero el jinete no tenía la calva del general mandamás ni su nariz de pico de paloma. Tampoco olía a flores mustias. Olía a monte y a cuero, y en lugar de sable esgrimía una fusta. Lo que sí creo, porque así lo entendí después, es que el general y él eran compadres, que habían combatido y vencido juntos en la guerra. Puede ser, porque mi jinete pisaba la tierra a la manera de los vencedores, como si las piedras tuvieran el deber de ablandarse bajo sus pies.

La tarde que nos visitó en la cabaña del bosque, saludó a mi padre sin darle la mano, a mi madrastra la llamó culo de pato y la mandó a por agua para el caballo, y a mis dos hermanastros y a mí nos puso en fila y nos examinó como se hace con los borricos en el mercado.

Los niños le dejamos hacer porque nos daba miedo su fusta. Mi padre andaba cabizbajo y mi madrastra sonreía. El jinete me eligió a mí. Sacó un fajo de billetes y dijo a mi padre:

–Te doy tanto por él. Si no te parece bien, lo dices.

–Me parece bien –dijo mi padre, y cogió los billetes.

–Como no me salga bueno, te quitaré lo que te he dado y mucho más –amenazó el jinete.

–Bernabé sabe apañárselas –contestó mi padre–. Se ha criado en el monte.

–Ya veo –asintió el jinete–, lo tenéis que parece un chivo.

Luego me tocó el hombro con la fusta y dijo:

–Hala, chivito, que nos vamos.

¿Adónde íbamos? Se lo pregunté a mi padre. Él, sin levantar la cabeza, dijo que obedeciera. No quise. Mi madrastra me tiró del pelo y me llamó desagradecido. Así que me encaramé a la grupa del caballo de bronce, detrás del jinete.

En el último momento, con el caballo ya al trote, mi padre se agarró al estribo:

–Le dará usted bien de comer, digo.

–No te angusties, hombre –respondió el jinete;
luego fustigó al caballo y nos alejamos hacia el fondo
del valle.

Pensé que mi padre no me quería.

2

EL CORTIJO

No sé cuántas horas cabalgamos. Salíamos de un valle, entrábamos en otro. El jinete no contestaba a mis preguntas. Tampoco quería que me cogiera a su cintura. Tenía que agarrarme a la silla y era difícil no caer. Luego, cuando me acostumbré, fue como si el trote del caballo me acunara y me dormí.

Desperté en el suelo. El jinete reía mientras detenía el caballo y me tiraba del brazo para ayudarme a montar.

–Haces bien en dormir ahora –dijo, y añadió–: Allá adonde vamos deberás andar con los ojos siempre abiertos.

No volvió a hablar en todo el viaje. De nada sirvió que insistiera en mis preguntas.

Al anochecer llegamos a un cortijo. Aquel patio, viniendo yo de la cabaña, me pareció la plaza del pueblo.

Había luces, trajín de gente, caballos y perros, puertas y ventanas que se abrían y cerraban, incluso un automóvil. No me pareció un lugar peligroso donde tuviera que andar con los ojos siempre abiertos.

El jinete me llevó a una gran cocina y me dejó al cuidado de una mujer buena. No era como mi madrastra. Me acarició el pelo y dijo:

–¡Qué chiquito eres! ¿Cuántos años tienes?

Contesté que ocho.

Se oyó la voz de un viejo junto al hogar:

–Ocho, y ese desalmado quiere enterrarlo allá arriba...

El viejo escupió a la lumbre y las brasas chisporrotearon.

–El amo te va a oír, cabeza hueca –lo regañó la mujer, y con un gesto de la cabeza señaló la puerta por donde había salido el jinete.

–Así se le pudran mis palabras en el oído –gruñó el viejo–, al amo y a su compadre, que deja que se cometan crímenes como este en su país.

El compadre del amo era el general mandamás. Lo supe porque el viejo miró con rencor el retrato del general que colgaba sobre el hogar. La nariz de pico de paloma estaba manchada de cagarrutas de mosca.

–Anda, come –dijo la mujer, poniéndome delante una montaña de migas con chorizo.

Y ya lo creo que comí.

–Aquí tienes más migas.

–Y come más chorizo.

–Moja pan.

–Bebe vino.

–Más pan para que mojes.

No olvidaré nunca aquel pan mojado en la grasa de las migas y el chorizo. Mi padre podía estar tranquilo. Comí por todos mis años de hambre, y por primera vez en la vida eructé de puro hartó y no de pura gazúza.

Luego me dormí con la cabeza sobre la mesa. Me sacudió el jinete:

–Nos vamos, chivito.

Habló la mujer buena:

–¿Y no lo dejaría usted dormir un poco más? Así, en invierno y en noche cerrada...

–A esta hora tiene que ser –dijo el jinete–, con la oscuridad.

–Claro, mujer –añadió el viejo–. Si el niño se aprendiera el camino, aun le daría por regresar.

–A ti te corto la lengua un día –lo amenazó el jinete.

La mujer me echó sobre los hombros un abrigo usado. Noté un bulto en uno de los bolsillos. Ella me miró llevándose un dedo a los labios: «Tú no digas nada».

Nos pusimos en camino. Esta vez nos acompañaban dos mozos y yo cabalgaba con uno de ellos. Andábamos en silencio. Era noche cerrada de invierno y los lobos aullaban en el techo de la sierra.

3

LOS LOBOS

Durante la guerra, los lobos tuvieron paz. Los hombres usaban las escopetas para matarse entre ellos. Por eso los lobos se multiplicaron y envalentonaron.

El pueblo estaba en lo alto de una peña. A los pies de la peña había muchas cuevas. En el último invierno de la guerra, una manada de lobos vino a vivir a las cuevas. Los viejos dijeron que no debíamos tenerles miedo mientras hubiera combates alrededor del pueblo, que así los lobos tenían muertos que comer.

–Un lobo hartado es como un perro –dijeron los viejos–. El problema vendrá cuando se acaben los combates. El hambre hará que los lobos se metan en las cuevas para roer el tuétano de la peña. Entonces la peña se vendrá abajo y el pueblo se hundirá con ella.

¡Y yo que me lo creí!

Mi madre no paraba de toser. El médico dictaminó que tenía como unos lobos chiquitos en el pecho que le roían los pulmones. Mi madre murió el mismo día en que terminó la guerra. Aquel día deseé que los lobos grandes terminaran de una vez con el tuétano de la peña y que esta se viniera abajo con el pueblo. Pero la peña aguantó.

Los vencedores de la guerra volvieron las armas contra los lobos. Les gustaba hacerse fotos con sus cadáveres. Les abrían las fauces para que se vieran bien los colmillos y sonreían a la cámara, como diciendo: «Nuestros colmillos son más largos que los suyos».

—Los lobos muertos, como los lobos hartos, también son como los perros —dijeron los viejos, pero hablaban bajito porque no querían que los vencedores los oyeran y se enfadaran.

A los lobos no les gustaba salir en las fotos, así que regresaron al monte. Nosotros los seguimos porque en el pueblo no había trabajo. Mi padre sabía hacer carbón.

4

CARBÓN

Cada muchos años, las montañas se abren y paren racimos de piedras, igual que las ranas paren racimos de huevos. Con los huevos de las montañas hicimos mi padre y yo los cimientos de la cabaña. Encima iban los troncos, cubiertos de ramas y tierra. Dentro había un hogar, dos yacijas de helecho y espacio de sobra.

Ahora pienso que mi padre, en el bosque, con el hacha en una mano y el azadón en la otra, era como un dios antiguo, con huesos de encina, músculos de mineral y fuego en las venas. Ya no era humano ni era mi padre.

Tras la muerte de mi madre, siempre estaba furioso y desahogaba su furia conmigo o con los árboles. Gritaba, descargaba el hacha, los árboles gemían. Gritaba, descargaba el hacha, y si alcanzaba una piedra, la piedra lloraba centellas.

Luego levantábamos las pilas de leña que habían de convertirse en carbón. Las cubríamos con tierra y las prendíamos. Las pilas parecían toperas gigantes, humeaban como si vivieran en ellas topos gigantes de fuego.

Y mi padre se encaramaba a las pilas para vigilar la cocción, abría o tapaba respiraderos. De noche, el rojo resplandor que asomaba por los respiraderos fulguraba en los ojos de mi padre. Lenguas de chispas rojas se arremolinaban en torno a su pelo. Mi padre era el diablo domando a los topos de fuego.

Los lobos se acercaban al calvero para verlo trabajar. Se les oía susurrar e interrogarse en la oscuridad. Yo, al principio, tenía miedo. Mi padre dijo:

–Miedica.

Y también:

–Los lobos, si te admiran, son como los perros.

Una noche de luna llena, los lobos que se reunían en el calvero aullaron de admiración por mi padre.

Luego, cuando andaba yo solo por el bosque y sentía que me rondaban los lobos en la espesura, trataba de ganarme su admiración. Golpeaba los troncos y las matas con un palo, gruñía como ellos. Los lobos seguían ahí, pero no se mostraban.

Solo una vez me encontré con uno cara a cara. Mientras nos mirábamos, el lobo me estuvo comparando con mi padre. Le arrojé una piña. El lobo orinó allí por donde tenía yo que pasar y se fue a cazar ciervos con su manada.

5

EL TECHO DE LA SIERRA

Noche cerrada de invierno. Cabalgábamos hacia el techo de la sierra, el jinete, los dos mozos y yo. Siempre por el monte. No había camino. Subíamos y subíamos. Los lobos aullaban allá arriba, cada vez más cerca.

–¿Te asustan los lobos, chivito? –me preguntó el jinete desde su caballo de bronce.

Respondí que no.

–Tanto mejor –dijo él–. Pero te conviene no perderles el respeto.

Continuamos subiendo. Los caballos andaban nerviosos hacía rato.

–Los lobos nos siguen –observó el jinete.

–El crío tira de ellos –dijo el mozo que me llevaba en la grupa–. Huele a chorizo que alimenta.

–Debe de salirse el chorizo por las orejas –rió el otro mozo–. Seguro que la Sinforosa lo ha atiborrado.

Sinforosa. Me acordé del bulto que la mujer buena me había metido en un bolsillo del abrigo, pero no dije nada. El jinete sacó una pistola y disparó al azar contra las tinieblas. Se oyó un gemido. Luego, silencio. Los caballos se tranquilizaron.

Dejamos atrás el bosque y alcanzamos el techo de la sierra. Ahora que he visto una mesa de billar, puedo decir que aquel prado era lo mismo que un tapete, firme y bien urdido con infinitas raíces y hierbas enanas. En él tamborileaban las pezuñas de un rebaño de muflones. Se alejaron al vernos. Solo un macho permaneció en el lugar. No nos quitaba el ojo de encima. Sus cuernos enormes resplandecieron al salir la luna: un caracol de plata a cada lado de la testuz.

Ante nosotros se abría un mar de tinieblas, un pozo negro que amenazaba con engullirnos junto con las estrellas. El grito de una rapaz nocturna se elevó del fondo del pozo.

Yo aún no lo sabía, pero aquel era el valle del fin del mundo donde iba a pasar los próximos años de mi vida.